

ISBN: 978-958-8943-37-4

# LETRAS PARA VIVIR: RELATOS Y CUENTOS

Compiladora:  
Luisa Fernanda Córdoba Quintero



# LETRAS PARA VIVIR: RELATOS Y CUENTOS



2017

863 L649

**Letras para vivir: relatos y cuentos [recurso electrónico]/** Compiladora Luisa Fernanda Córdoba Quintero; Edwin Andrés Sepúlveda Cardona... [et al.]. -- Medellín: Universidad Católica Luis Amigó, 2017  
37 p. : il.  
Producción intelectual de docentes y estudiantes de la Universidad Católica Luis Amigó

CUENTOS COLOMBIANOS; LITERATURA COLOMBIANA; INTERNET - RELATOS; REDES SOCIALES - RELATOS; REDES SOCIALES - CUENTOS

## LETRAS PARA VIVIR: RELATOS Y CUENTOS ©

Universidad Católica Luis Amigó  
Transversal 51A 67B 90. Medellín, Antioquia, Colombia  
Tel: (574) 448 76 66  
<http://www.ucatolicaluisamigo.edu.co>  
[fondo.editorial@amigo.edu.co](mailto:fondo.editorial@amigo.edu.co)

**ISBN:** 978-958-8943-37-4

**FECHA DE EDICIÓN:** 11 de enero de 2018

**AUTORES:** Edwin Andrés Sepúlveda Cardona  
Nubia Amparo Mesa Granda  
David Esteban Zuluaga Mesa  
Carlos Suárez Quiceno

**COMPILADORA:** Luisa Fernanda Córdoba Quintero

**CORRECCIÓN DE ESTILO:** Mario Eraso Belalcázar

**DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO:** Anamaría Vásquez Moreno

**EDICIÓN:** Fondo Editorial Universidad Católica Luis Amigó

**COORDINADORA FONDO EDITORIAL:** Carolina Orrego Moscoso

Hecho en Colombia / Made in Colombia

Los autores son moral y legalmente responsables de la información expresada en este libro, así como del respeto a los derechos de autor; por lo tanto, no comprometen en ningún sentido a la Universidad Católica Luis Amigó.

**Cómo citar este libro:** Sepúlveda Cardona, E. A., Mesa Granda, N. A., Zuluaga Mesa, D. E. y Suárez Quiceno, C. (2017). *Letras para vivir: relatos y cuentos*. Medellín, Colombia: Fondo Editorial Universidad Católica Luis Amigó.



El libro "Letras para vivir: relatos y cuentos", publicado por la Universidad Católica Luis Amigó se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional. Permisos que vayan más allá de lo cubierto por esta licencia pueden encontrarse en <http://www.funlam.edu.co/modules/fondoeditorial/>

# ÍNDICE GENERAL

Pág.

## Presentación

### 8. La pelada del Instagram

*Edwin Andrés Sepúlveda Cardona*



### 14. Canción de mayo

*Nubia Amparo Mesa Granda*



### 19. Re-nacer

*David Esteban Zuluaga Mesa*



### 21. Los coleccionistas

*Carlos Suárez Quiceno*



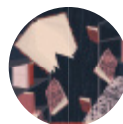
### 26. Florecer en otoño

*Nubia Amparo Mesa Granda*



### 31. Una experiencia piloto

*David Esteban Zuluaga Mesa*



# PRESENTACIÓN

Esta es una compilación de ideas poderosas que se presentan a modo de relatos y cuentos. Los autores han confeccionado diversas narraciones que son propias a la condición humana y que intentan ilustrar sus visiones frente a asuntos como la alienación a las redes sociales, el llanto, la muerte y el dinero, la música, el amor y la experiencia de leer.

La colección inicia con el escrito “La pelada del Instagram”. Se configura en un texto que muestra la medida de la vida en número de likes, a su vez es una reflexión sobre la adhesión a las redes sociales y su uso compulsivo.

Las líneas siguientes las ocupa el cuento “Canción de mayo”, una asociación con el llanto que la autora logra hilar con los acordes y las notas musicales; también sobre la música se escribe “Los coleccionistas”, un relato nostálgico que deja memoria de lugares emblemáticos de Medellín.

Otra escena urbana es ilustrada con palabras que dan pinceladas sobre la muerte y el dinero representados en una obra teatral que permite "Re-nacer", pero el retorno a la vida es también el afloramiento del amor, con sus ambigüedades y ansias de ser libre o de "Florecer en otoño", si se quiere citar el título del siguiente escrito.

Esta colección finaliza con "Una experiencia Piloto", la imagen de un lector que navega por una de las bibliotecas representativas de la ciudad de Medellín en un avión de libros; a manera de analogía se espera que quienes se acerquen a este texto disfruten del mismo viaje, pero sin espanto ni horror.





# La pelada del Instagram

*Edwin Andrés Sepúlveda Cardona*



Ella, la digital, se acuesta y despierta tarde. En la mañana, antes de saludar a su madre, revisa los likes de Facebook, las publicaciones que han gustado de su perfil en Instagram, los favoritos de Twitter. Lo hace conectada a cualquier dispositivo, tiene varios cachivaches. Siempre deja sus correos electrónicos para lo último.

Se toma un selfie antes de desayunar. Y no se lava las manos por escribir su primer post del día: “¡Buenos días, gente!”. 29 likes. La aldea comienza a poblarse.

Se llama Verónica, ella, la digital. Tiene muchos seguidores en cada red. Cientos. Miles. Pero no recuerda sus nombres. Cada vez que necesita a alguien, ella debe revisar el avatar de cada uno. Al encontrarlos expresa: “Ah sí, es él”.

Antes de bañarse, se toma su segunda selfie y escribe: “¡Preparándome para un gran día!”. Lo publica. 397 likes en Instagram en 15 minutos. Para ella no es un festín de excesos.

Elige su vestuario, se baña, se maquilla, se viste y calza sus tacones. Se toma su tercera selfie. Verónica es hermosa, contrasta a la perfección todos sus



colores y accesorios. Parece una diseñadora de modas, pero no lo es. Los filtros de fotografía le aportan mucho. Vuelve a escribir: "¡Preparada!" y lo postea. Sale de su casa sin preguntarle a su madre por qué está triste. No lo hizo porque aún no la ha mirado a sus ojos. 494 "me gusta" en Facebook.

Llegó tarde a su trabajo. Eligió la ruta más larga y congestionada, a pesar que su smartphone tiene GPS. Es un iPhone, él último. Su buque insignia tecnológico.

Se sienta en su escritorio. Da clic en la tecla Enter para reanudar su PC. Ayer olvidó apagarlo, de nuevo. Escribe cinco direcciones URL de portales de noticias. No usa RSS. No lee ninguna noticia completa, solo los titulares. Escribe: "¡Triste por lo de la Franja de Gaza e Israel!". Ella no entiende ese conflicto. 55 favoritos en Twitter y 13 retuits. Trata de escribir bien, sin errores porque no desea trolls, a los nuevos apóstatas.

En la oficina, sus compañeras hablan toda la mañana, discuten. Se ríen. Lloran. Verónica se impacienta y publica: "¡Ay, los humanos!". 149 likes. Y ella aún no ha dado el primer like del día.





Verónica solicita cuarenta y cinco minutos a su jefe antes del almuerzo para salir a pagar algunas facturas. Se desplaza hasta las entidades, hace filas. Ignora que todas esas vainas se pueden pagar en línea. Al salir del último banco, camina hacia el restaurante y en la calle, en el piso, ve un MP3 de Indie rock. Vale dos mil pesos. Lo compra.

En el restaurante, chatea por el Messenger de Facebook-ya no le gusta WhatsApp, se cae mucho-, todo esto mientras ordena y revisa la carta. Prefiere el plato que tiene los colores más cálidos, lo puede edulcorar y eso le garantiza éxito a la foto. Minutos después, Juan, el mesero, le entrega su pedido. Ella le dice: “¡Gracias!.. ¿Joan?”. Él no la corrige. Juan, de lunes a viernes saluda: “Hola, soy Juan, te estaré atendiendo hoy...”. Ella nunca lo recuerda, está conectada. Verónica le toma varias fotografías al plato, escribe, reescribe y corrige varias veces su próxima publicación. El plato se heló. 637 likes.

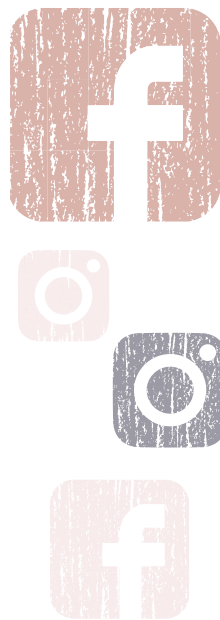
Para que la tarde sea rápida, escucha su nuevo MP3 durante cuatro horas consecutivas. Imprime informes que puede enviar por correo. En la nube no hace backups de su información más importante. Y al finalizar la tarde no supo por qué salían temprano hoy.

Verónica no necesita un novio. Los anteriores eran inmigrantes digitales, asegura ella. Sólo leían libros impresos, no fueron gamers y eran muy lentos para chatear.

Seis veces a la semana va al GYM. Hoy le “toca” ir, como dice ella. Usa audifonos, pero no escucha música. Lo hace para que nadie le pregunte nada. Se toma una selfie con ropa deportiva. Se toma una selfie sudando. Se toma otra más al frente del espejo. Publica un collage de selfies y escribe: “¡Hoy, dándole duro! ¡Los quiero!”. Hizo tan solo 20 minutos de ejercicio. 751 likes.

Al llegar a su casa cena algo ligero. Sola. Sus padres ya lo hicieron a la siete. No ve series locales de televisión porque no tiene estándares internacionales. Surfea toda la noche por Youtube y Vimeo. Todo un periplo.

Postea todo lo que ve y lo valora de: “¡Alucinante, asombroso, amazing, LOL,... acá no se ve de eso!”. Se ayuda de emoticons: “:) ;) <3” ..., pero prefiere los GIFS animados porque transmiten mejores sentimientos.





A esta hora Verónica siente dolores en sus manos, en sus dedos, en su columna, pero continúa en una vorágine de publicaciones interactivas. En la noche supera los tres mil likes sumando todas sus redes sociales. No puede suspender. Es vehemente y está entusiasmada porque quiere ser una influencer, como se les denomina. También stalkea a otros tuiteros. Stalkea a sus amigas del colegio que están enamoradas de sus novios; stalkea a las amigas de la universidad que suben fotos leyendo; stalkea a las amigas de la urbanización que publican fotos con la familia..., pero Verónica solo siente lástima por ellas porque recién llegaron a los 100 seguidores en Instagram.

Exhausta, Verónica se prepara para dormir, tomándose su última selfie desde su cama. Olvida despedirse de sus padres. Sí lo hace en sus redes: “¡Buenas noches, gente! ¡Muaaakatelas!”.

Su smartphone reposa al lado de la almohada. Su tablet también. Hoy fue el gran día que auguró. Y soñará, toda la noche, que las pantallas de sus dispositivos se iluminan insistentemente, advirtiendo nuevas notificaciones. Mañana despertará tarde.



# Canción de mayo

*Nubia Amparo Mesa Granda*

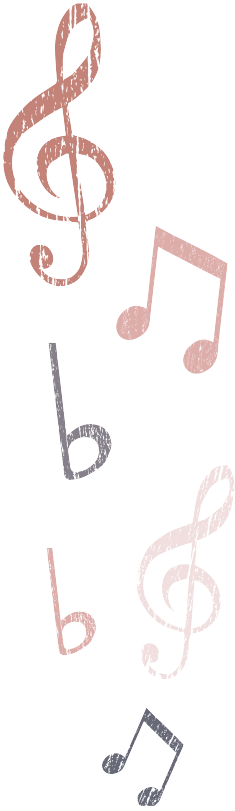
Nadie sabe por qué lloran las niñas cada vez que escuchan esa canción.

—Profe, cantemos la canción que nos hace llorar—  
le dicen al maestro.

—Creo que mejor cantamos la del trencito: “Chu cu  
chu cu chu, el trencito feliz ha llegado a la estación.”

No hay respuesta. Los cuerpos infantiles no se dejan seducir por la alegre melodía. Llorar es lo que quieren, derramar sus lágrimas frescas y finas como lluvia de verano. Un llanto colectivo emerge de la clase cuando suena el piano y pronuncian las primeras frases. Nadie puede explicar el motivo. Quizás sea su tonalidad menor o la intensidad de las notas al final. No faltan los diagnósticos: histeria, reacción en cadena, miedo escalonado. ¿Es la manifestación de alguna angustia? ¿Quién inició esta cascada de llanto?, indagan. De seguro fue Mariana, famosa por sus melindres a todo pulmón.

—Yo no he sido—responde la niña—. Yo ni siquiera vine el día que todo empezó.



—Entonces ha de ser un llamado de la Virgen que clama perdón por los pecados del mundo y quiere hacerlo a través de estas criaturas inocentes— dice la Madre Superiora—, y agrega— recuerden que estamos en el mes de mayo.

El maestro busca en sus apuntes de pedagogía y las teorías no le dan respuesta. Por eso prefiere cambiar la canción hasta cuando las pequeñas se olviden del asunto. Pero no hay tal. Insisten en cantar la que las hace llorar. Entonces él recuerda a su maestro cuando decía: cada gota de lluvia es una nota musical que repetida conforma un canto de llamado a la vida. Así que el llanto como la lluvia, pensó, es también un himno a la alegría.

Se para enfrente de sus alumnas y ve sus cabellos adornados con cintas blancas, las miradas inquietas, los brazos inmóviles a cada lado del cuerpo y el aliento contenido esperando la señal. Extiende su brazo derecho a la altura de los hombros, lo sostiene unos segundos apuntando hacia el frente, y con un movimiento de la mano marca el primer compás. Sus ojos son dos imanes cuya fuerza de atracción hace que las voces broten límpidas. Mariana y Laura están en primera fila. Mariana cierra los ojos mientras inhala y Laura levanta la cabeza cual alondra antes de emitir su canto.







Si vas por el campo.... Se alzan las voces al unísono, primero susurrantes y luego in crescendo, guiadas por la mano del maestro que marca el acento. Y llueve muy quedamente...El eco rebota contra el tablero, recorre el salón y sale por las ventanas, cruza el patio y se eleva sobre los techos. Mojando los caminos... las palabras ondean con brillo matinal y ahogan los demás sonidos cotidianos.

Las voces de las niñas se cuelan por todos los rincones y palpita en los corazones de los demás miembros del colegio que están en sus quehaceres. Pacho pone a un lado sus herramientas de jardín y, mientras se seca el sudor con un pañuelo, suspira hondo como queriendo absorber la energía que viene enredada en el aire; la hermana Margarita deja de batir los huevos para preparar el pan, se limpia las manos en el delantal y las junta como para iniciar una plegaria; y en la sala de profesores se detiene el tecleo de los aparatos tecnológicos, los maestros olvidan las pantallas y se dirigen a la puerta como guiados por un embrujo, quieren escuchar con mayor nitidez . "La negra" es la primera que deja ver una lágrima atrapada en el pliegue ancho de su nariz, y cuando mira a Claudia, sonríen para sorber mejor el llanto. "Es como cuando llueve y a la vez hace sol", diría después Claudia al explicar lo que sintió.

Son las 10 de la mañana y en el salón de canto los rostros de las niñas se ven jubilosos, articulan las palabras con énfasis. El maestro advierte la vibración de sus mejillas y las figuras que hacen sus labios, ya como un bostezo, ya en posición de sonrisa. Les hace la señal de cierre y el sonido de las voces se desvanece hasta producirse un leve silencio. Es en ese momento cuando las lágrimas salen de su cautiverio y como cristales líquidos resbalan por los rostros infantiles. En la puerta el profesor de matemáticas obtura su cámara en un intento por retener ese momento sublime, pero no ha podido capturar el movimiento ondulatorio de las voces que se han fugado con alegría juguetona y se dedican a tocar las puertas del vecindario, sin que nadie las vea. Quieren avisarles a los dormidos que es hora de salir a ver la reunión de la lluvia y el sol.

Y entre tanto, en la escuela, Mariana es la primera en romper el orden. Se quita la balaca y la blande, llamando la atención del maestro antes de que les pida que se sienten.

—Profe' cantemos la del trencito.

Sí, responden las demás, y el trencito feliz con su chu cu chu cu chu se dirige a la estación.





# Re-nacer

*David Esteban Zuluaga Mesa*

En el muro ruinoso, tosco y frío, Alicia gritaba desesperada:

“Tantos momentos juntos Samuel y cuántas aventuras, ¿por qué tienes que irte ahora?”

Las personas miraban curiosas la terrible escena, se codeaban y comentaban cosas con el morbo típico del homo sapiens destructor cuando presencia los más terribles males humanos, pero nadie hacía nada, nadie intentó siquiera ayudarlos.

Se perdía tímido el día y, abrigado por la noche y el ensordecedor murmullo de los curiosos, el cuerpo de Samuel —niveo como a quien le ha sido arrebatada el alma—reposa inerte.

El llanto y la melancolía eran testigos del dolor de Alicia quien, resignada, se ponía sobre Samuel queriendo donarle un pedacito de alma, mientras ambos se iban perdiendo en la coruscante noche cobijados por un aterrador silencio.

Ipsa facto, los curiosos rompen en aplausos, mientras Samuel (resucitado), eufórico, recoge algunas monedas en su sombrero de recién nacido.



**Fin.**



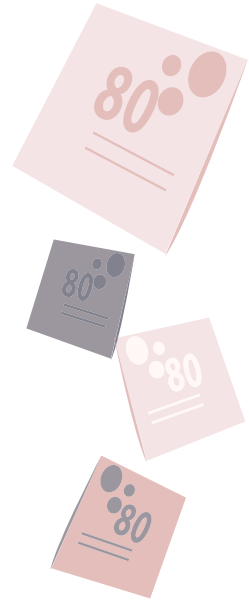
# Los coleccionistas

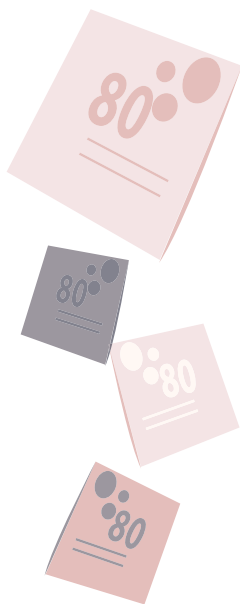
*Carlos Suárez Quiceno*

Por su avanzada edad se pensaría que ellos fueron coleccionados por la vida, pero no era así, al contrario, se trataba de un club de coleccionistas de música vieja. Cuando estaban jóvenes, mucha de la música que escuchaban ya era del recuerdo. Ahora se podría dudar de si la música les ayudaba a llevar la vejez o más bien los había envejecido.

En los predios de la que fuera durante muchos años la casa del filósofo antieño Fernando González, hoy funciona el Café Otraparte, un bar restaurante que adopta al maestro y su obra como pieza culinaria. El filósofo está en el menú, se pueden pedir sus obras para tomar, o algunos personajes para degustar en bebidas o morder como el pan. En fin, la creatividad de quienes llevan la tarea de mantener la Casa Museo Otraparte no se detuvo ante recelos omnívoros ni antropófagos.

Este lugar pronto será el último reducto del pasado rural de una zona donde los edificios de apartamentos ahora lo llenan todo. En los corredores y al aire libre, alrededor de lo que fue la casa del mayordomo se organiza el café, en pequeñas y medianas mesas cobijadas al interior de la casa y sus corredores, o afuera bajo sombrillas. El conjunto resulta agradable en todos sus detalles.





Tal vez porque los martes en la noche son los días menos apetecidos por la clientela, se creó para la ocasión un programa tan innovador en su formato como repasado en su contenido: “La hora de los coleccionistas”. Llegan los más destacados del club a mostrar sus joyas de acetato, los vinilos guardados, hurtados al tiempo o a los hombres, a veces hasta al mejor de los amigos, no se sabe cómo, tal vez a cualquier precio, o ganados por la bondad propia de los obsequios. Estos hombres traen sus antigüedades con el testimonio mismo de su cuerpo, como diciendo, yo soy la prueba de la veracidad de esta reliquia.

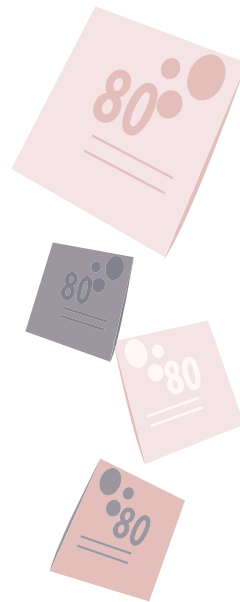
Pero cada semana hay uno menos. Esta noche el invitado se fugó a una improvisada cita con el supremo coleccionista de almas. Sin embargo, dejó su legado de discos, y algunos familiares han venido a cumplir la cita por él. Frente al tocadiscos se ha ubicado un hombre de rostro arrogante, un antiguo coronel. Recio como un alemán, de bigote cano y mirada imperiosa. Llegó antes que todos para encargarse de la presentación del evento. El sitio está colmado de asistentes, en muchas mesas lucen computadores portátiles, como antes hubo libros en los cafés literarios. La música ha empezado.

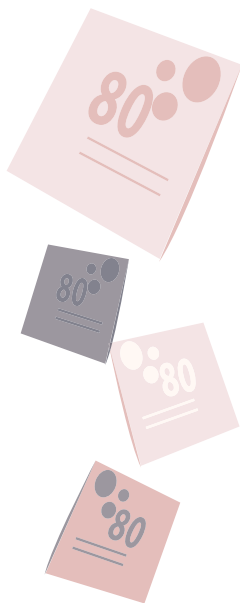


Llega luego Don A. G. con su hija. Cabría esperar que ella fuera menor que el padre, pero no se puede establecer bien. El lugar se va tornando un ancianato al que todas las generaciones son arrastradas. Ya han huido algunos jóvenes, a quienes el áspero rasguñar de la aguja en el relieve de los discos no parece complacerles, o tal vez no quieren asomarse al destino que gira en surcos hasta agotar todas las canciones.

Las conversaciones en las mesas, como ecos de la música, remedan los dramas e infortunios, las promesas imposibles que se insinúan los enamorados o las palabras vagas de todas las horas. Las canciones atraviesan el aire con el amor trágico, el destino fatídico y los ojos fulgurantes en las voces de dúos, tríos y grupos silenciados hace ya muchos años.

Pero cuando ya había sonado una buena parte de los temas de la noche, y después de tomarse los tragos de aguardiente indicados para la ocasión, el hermano del invitado ausente advierte que se le ha perdido el disco más valioso de la colección. Un poco en broma, el presentador dice que debe estar en las manos de algún coleccionista. Si quieren pueden empezar a buscar por mí, agrega.





De hecho, los asistentes no lo desestiman, porque en un momento de la presentación, alguien llegó a referirse a los discos que se había “golfiado” en cierta ocasión. Allí se inicia un rumor que delata las distancias que los cruzan. Los coleccionistas se recelan entre ellos, se tienen la desconfianza creada por sus mañas y parecen dispuestos a la habladería. Cultivan el respeto por sus recuerdos, pero siguen siendo cotidianos, aunque en el fondo, nobles como sus acetatos.

Después de una o dos canciones más se anuncia, en medio de disculpas por la falsa alarma, que el disco ha aparecido. Un silencio innecesario sigue a la declaración, cada uno sabe que son los coleccionistas quienes pronto serán hurtados o extraviados por el tiempo. Los discos ya no le pertenecen a ninguno. Los coleccionistas extienden sus manos hacia las copas, toman los pasabocas y con sus dentaduras gastadas y las mejillas secas, continúan el ritual de uno de los clubes más peligrosos a los que se pueda pertenecer.



# Florecer en otoño

*Nubia Amparo Mesa Granda*



Sé que en unos minutos entrarás por esa puerta, que traerás la sonrisa presta y la mirada generosa. Te espero sentada junto al piano y repaso la lección que teníamos para hoy. Seguramente cargarás en tu mochila un bombón de chocolate, porque sabes que me gusta. Te espero con las ansias de una mujer enamorada, aunque no osaré decírtelo. No es posible quitarme este traje que me habita y que se ajusta perfecto a las costumbres, que me envuelve en las fibras rígidas y frías del prejuicio.

Ayer escuché tu voz vibrando airosa entre las demás voces del coro. Y la mía crecía en intensidad porque sentía latir tu corazón muy cerca. Se unieron nuestras voces en acordes perfectos como si se tensaran para volar sobre campos florecidos. Así me siento, como una flor que en el otoño se resiste a marchitarse. Pero yo sé que no podré seguir tus inquietos pasos juveniles. Para alzar juntos el vuelo tendría que recomponer mis alas que han perdido su fuerza de tanto ir en picada.

En unos minutos entrarás por esa puerta. A través del vidrio podré verte por anticipado y tendré tiempo para componer mi cabello. Cuando estés frente a mí escucharé ansiosa tus palabras galantes y cándidas. Te amo, eres hermosa, me dirás, y yo te responderé

que no es posible, que estás confundido, que yo podría ser tu madre. Y sonreiré con una de esas sonrisas de cariño que les dedicamos las madres a los hijos. Entonces te acercarás y rozarás mi mejilla con tus labios, y yo tendré que ponerle freno a mi imaginación que intenta- desbocarse con el ímpetu de una amante lujuriosa.

Cuando entres, en unos instantes, no te percatarás de que hoy cuidé cada detalle. Perlas en las orejas y en el cuello, brillo en los labios, rubor en las mejillas. Como si aún fuera posible esparcir mi luz, previo al colapso. Como una estrella que se expande antes de perder el brillo. Quizás es esa la fuerza que te atrae y que te hace hablar de amor. Pero tarde o temprano comprenderás lo inexorable, entenderás que lo que llamamos amor no es más que un espejismo, una locura momentánea que nos envuelve y luego se desvanece dejando apenas una estela casi imperceptible.

Un sol ámbar cuelga a esta hora en el horizonte como un amuleto contra la desesperanza del mundo. Me hace carantoñas desde su pedestal, pero su tibieza me resbala, se extingue entre mis manos que sostienen la sentencia. Cuando llegues para nuestro ensayo te mostraré la resolución de mi





traslado. Ya no entonaremos juntos las canciones jubilosas cuyas notas nos elevan al unísono. Me iré a otros terrenos, buscaré refugio donde no me alcance tu amor "con sus magias inútiles", como diría Borges.

Una vez cruces el umbral permaneceré incólume a tu petición: inventa un mundo nuevo para nosotros. Esa pretensión se ahoga en las aguas tumultuosas del tiempo que marchita mis anhelos y hace jirones mis encantos, y eso es ineluctable. Confundido, dirás que me quede, que también a ti te anegarán los años, pero eso será mucho después, no hay manera de que coincidamos.

Guarda el retrato que le encargamos a un pintor callejero ese domingo que acepté acompañarte al parque. No dejes que se destiña con el tiempo. Ya vendrán para ti nuevos y briosos amores que te harán feliz y desdichado en cortos intervalos, mientras yo permaneceré inmóvil, invariable, cómplice, silenciosa, inexistente, y a la vez real. Y alguno de esos días disonantes, si me miras detenidamente,

podrás ver un parpadeo que te confirmará la permanencia de la energía creadora. Después de todo, con el deseo, creamos.

Anochece y sigo esperando que cruces por esa puerta. Cierro los ojos. Miro el reloj. Empujo las teclas del piano y asoma la melodía de Moon River con su melancolía. Sigo sus acentos con los pies. “Los dos buscamos el mismo arco iris”, canto. Y no vienes. La puerta se mece. Las partituras se rebelan y rebotan sobre el piso. La puerta se mece. Y no vienes. Y allí estoy, con la resolución entre las manos. Con las frases preparadas. Con el prejuicio a punto de vencerse. Y no vienes. Suena el teléfono. Escucho la voz desesperada de tu madre. “Quizás usted sepa dónde se ha ido”.







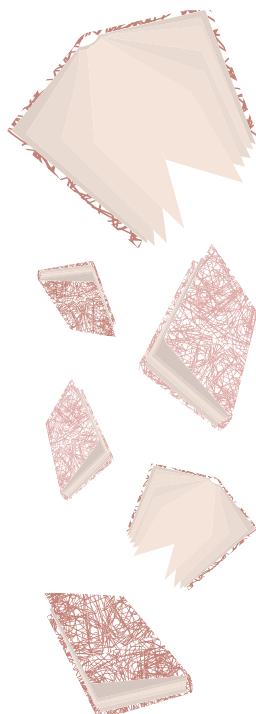
# Una experiencia piloto

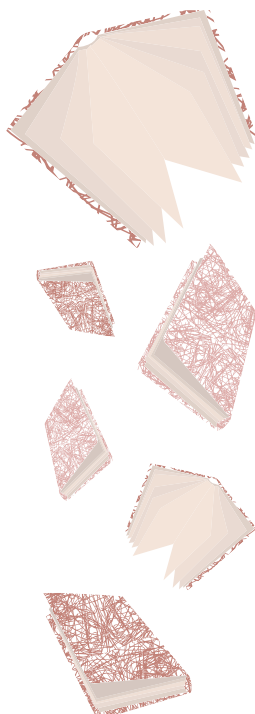
*David Esteban Zuluaga Mesa*

Desde siempre consideré la Biblioteca Pública Piloto como algo especial. En mi infancia —cuando entre los grandes hacía mella su nombre— imaginaba una curiosa avioneta construida de libros de colores con un remolque (también hecho de libros), amarrado a su cola y piloteada por un señor de papel que recogía personas para llevarlas de un lugar a otro. Creo que la idea que tenía de la Biblioteca Pública Piloto rayaba un poco con la que ya me había hecho de servicio de transporte público, asunto que no es tan descabellado, pues la biblioteca, así como cualquier medio de transporte lo que hace es llevar personas a lugares variados a veces con intención y en otros muchos casos por accidente.

Con el transcurrir del tiempo la sun-surreante hélice de la pequeña, pero singular navecilla, dejó de dar vueltas en mi cabeza; los libritos de colores que le daban forma se alejaban sin ton ni son, perdiéndose en las efímeras dinámicas que trae la vida cotidiana de un no lector adolescente.

Curiosamente, después de un tiempo, cuando por el ímpetu divino de un dios cualquiera decidí estudiar filosofía y me acerqué tímidamente a un libro, luego a otro y otro y otro más, comprendí





que leerlos era una labor que deberían tener por costumbre las viejas chismosas, pues, leer libros es como escuchar secretos acerca de cosas y escribir acerca de esas cosas es como contárselo a las comadres. Leer es transportar, decía.

Lentamente, como cuando vemos aparecer una imagen una y otra vez en un televisor que prende y apaga, empezaba a sentir de nuevo el ruidoso pero agradable motorcito del particular volátil. Fue entonces cuando mediante la formulación de una pregunta: ¿Dónde se reúnen las personas que quieren escuchar secretos y compartirlos con sus comadres o compadres?, que su motor se encendió en pleno y de su sistema de escape empezaron a salir letras, letritas, letrotas que ofrecieron a su vez una respuesta: ¡la biblioteca!, ¿cuál? Pues la que por su nombre induce al vuelo y que, dada mi evocación, parecía una obviedad: la Biblioteca Pública Piloto.

Caminando, caminando, con la infantil intriga que convoca frente a lo novedoso, con el ánimo inflamado de vértigo al pensar que la idea que tenía de chico, que relacionaba la Biblioteca Pública Piloto con el Servicio de Transporte Público de Medellín, no era absurda, y con la firme convicción de abordar pronto

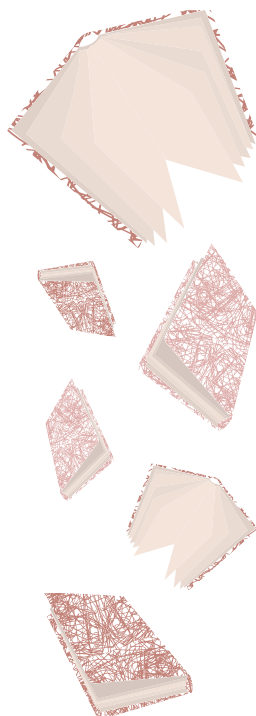
el colorido remolque que conducía la avioneta, que me acerqué a la recepción de mochilas, morrales, paquetes y pregunté:

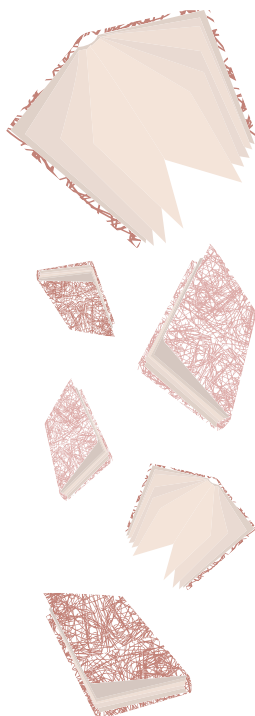
- ¿Es aquí la Biblioteca Pública Piloto?

- Sí, aquí es, respondió amablemente el joven que guardó mi mochila.

Yo, emocionado, observé la salita de espera, miré una vitrina y unas plantas que amenizaban la estancia en el lugar, cuando una voz de grueso timbre se dirigió a mi diciendo: "joven, la entrada es a mano izquierda por la primera puerta cruzando la registradora", gracias, respondí-mientras lentamente pasaba el klikli-klikliklikli de la registradora-estaba adentro.

Nuevamente parecía perder la esperanza. En medio del cielorraso desgastado, del salón profundo con sus mesas de madera y sus sillas muy sonoras, me encontraba observando a las personas que, con la admiración del niño o el impulso de la vieja chismosa, secreteaban cosas cada uno a su modo. Yo, por mi parte, preocupado, me daba cuenta que ni el piloto de papel ni la avioneta con su remolque habitaban el salón.





Caminando, caminando, con el sin igual impulso que conduce a las personas cuando las invade la tristeza, seguí entre los anaqueles hasta adentrarme en lo más profundo de los mismos. De repente, sentí a mi espalda alguien o algo que hacía movimientos sutiles, movimientos que hermanados con un ligero olor a polvo y el frío profundo que invade los libros cuando poco se leen, impartían temor. Inquieto giré la cabeza lentamente, desfavorido, cuando curiosamente observé un pequeño libro de solapa azul moverse libremente de un anaquel a otro. Yo, sorprendido continué caminando, no sabía qué pensar. Entre tanto el olor a polvo se intensificaba, el frío se hacía más penetrante, tenía temor. Las personas que compartían sus secretos y los secretos de otros no parecían percatarse. Los libros se agitaban como volando; era este, sin embargo, un volar extraño: ni tan ligero como las mariposas ni tan fuerte como los halcones. Se agitaban como libros volando y desde cualquier punto de vista este agitarse infundía miedo.

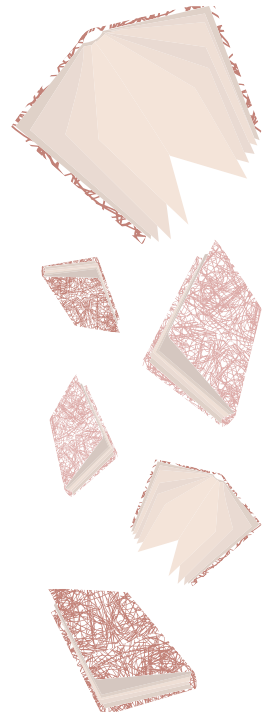
Horrorizado, aterrorizado, horripilado, aterrado, atemorizado, espantado, amilanado, amedrentado, decidí correr entre ellos con la fuerza desbordada que imprime el miedo, extrañamente no me tocaron, no los toqué. Eso sí, los lectores de aquél día

comprendieron que en las bibliotecas o en la vida misma no sólo se leen libros; robé su atención, pude notarlo mientras corría hacia la registradora. Lo más peculiar de esto, es que, así como en toda película de terror cuando alguien pretende escapar espantado, la registradora se atoró, uno, dos, tres intentos, de repente y para mayor espanto, alguien me tomó del hombro y con voz gruesa me dijo: "joven, la salida es por el otro lado", temeroso, agradecí, caminando despacio hacia ella, sin embargo, después de transitar un par de metros, me devolví y otra vez robando la atención de los lectores, a toda velocidad salté sobre la registradora de entrada. Afuera, en la recepción de mochilas, morrales y paquetes, alguien me preguntó: "¿está usted bien?, parece que hubiera visto un fantasma".

Desde entonces, considero con espanto la idea de adentrarme nuevamente entre los anaqueles de la "Piloto", aun cuando siento gusto al pensar que no hay un piloto de papel ni una avioneta colorida con remolque, sino una cantidad inmensa de pilotos dirigiendo el particular aleteo de los libros, que vuelan inocentes por paisajes multiformes hacia alguien que admirado reclama sus secretos.

Los libros escogen su lector y el tiempo para ser leídos.

**Fin.**



# ACERCA DE LOS AUTORES

## **Edwin Andrés Sepúlveda Cardona**

Comunicador Social, Universidad Católica Luis Amigó; Magister en Educación con Mención en Ambientes Virtuales de Aprendizaje, Universidad Bolivariana de Chile; estudiante de Doctorado en Comunicación Audiovisual y Publicidad, Universidad Autónoma de Barcelona; docente Facultad de Comunicación, Publicidad y Diseño, Universidad Católica Luis Amigó.

## **Nubia Amparo Mesa Granda**

Comunicadora Social-Periodista, Universidad de Antioquia; Especialista en Docencia Investigativa Universitaria, Universidad Católica Luis Amigó; docente Facultad de Comunicación, Publicidad y Diseño, Universidad Católica Luis Amigó.

**David Esteban Zuluaga Mesa**

Filósofo y Especialista en Docencia Investigativa Universitaria, Universidad Católica Luis Amigó; Magister y Doctor en Filosofía, Universidad Pontificia Bolivariana; docente Facultad de Educación y Humanidades, Universidad Católica Luis Amigó.

**Carlos Suárez Quiceno**

Sociólogo, Universidad Autónoma Latinoamericana; Licenciado en Español y Literatura, Universidad de Antioquia; Magister en Estética, Universidad Nacional de Colombia; estudiante de Doctorado en Diseño y Creación; docente Facultad de Comunicación, Publicidad y Diseño, Universidad Católica Luis Amigó.





Medellín  
2017